

abuelos de nuestro camino; somos parientes,» afirmaron los dos hermanos. «Así es,» ratificó el pescador. «Y tú cómo te llamas,» le preguntaron. «*Curiparan,*» respondió éste. «¿No tienes alguna hija?» «no señores.» «Si la tienes, le arguyeron, ¿porqué lo niegas?»

«Señores, respondió el interrogado, soy viejo y mi mujer es estéril.»

«¿Qué dices, isleño? hijos tienes; no lo decimos por lo que piensas, que no queremos mujeres para nosotros, lo decimos porque *Curicaveri* ha de conquistar esta tierra y tú pisarías por una parte la tierra y por la otra el agua, y nosotros lo mismo y moraremos juntamente tú y nosotros.» «Es verdad, señores, dijo entonces el pescador; yo tengo una hija aunque pequeña y fea.» «No hace nada de eso al caso, le dijeron ellos, sácala fuera y tráenosla; entre tanto subiremos al monte á hacer flechas mañana, y al subsecuente día aquí nos veremos: á nadie cuentas esto y tan sólo á tu mujer comunícalo.»

Se despidió el pescador y los chichimecas tomaron el camino del monte.

El siguiente día lo pasaron en la ocupación dicha, y al subsecuente muy temprano ya estaba el isleño en el lugar citado, acompañado de su hija.

LÁMINA 3.^a

(La pintura que ilustra este pasaje nos muestra una vista del lago de Pátzcuaro y en su centro la isla de Xarácuaro; en sus aguas está el isleño Caricaten con su instrumento de pesca y su remo en la mano; varios acuátiles nadan en el agua. Los chichimecas contemplan desde una altura el magnífico espectáculo del lago y parece se comunican sus impresiones. El vestido del isleño y el de los chichimecas es idéntico.)

Tardaron un poco en llegar los chichimecas y cuando descendían del monte, como no viesen bogar canoa alguna en el lago, creyeron no cumpliría su palabra *Curiparan*; temores que á su vez éste abrigaba, vista la tardanza de aquellos en llegar á la cita.

Así que ambos se encontraron se manifestaron sus mutuos temores, y explicada la dilación, recibieron los dos hermanos á la hija del pescador. Al llevársela consigo le dijeron á éste: «Si tus señores te preguntan por qué nos diste á tu hija, les dirás que nosotros te la quitamos un día, que pescando con ella, fué necesario saliese á las márgenes del lago á satisfacer una necesidad corpo-

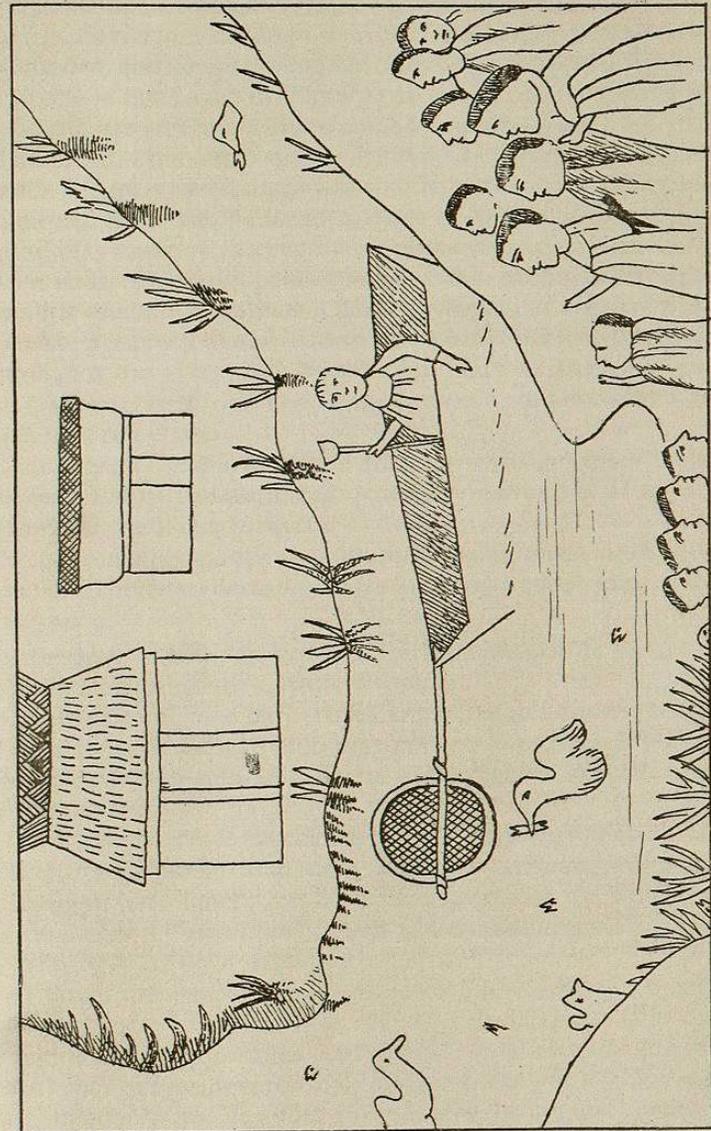


LÁMINA III.

ral, y que por más que bregaste por recobrarla no te fué posible recobrarla. Añadirás que en tu concepto ella deberá estar muerta y sacrificada y no reducida á esclava.»

Pasado algún tiempo de lo narrado cambiaron los tarascos de residencia, llevando á su dios *Curicaveri* á un lugar llamado *Tarimichúndiro*, que con el tiempo fué barrio de *Pátscuaro*. En ese lugar creció la muchacha de *Xarácuaro*, la que casó con *Pavácume* y de ella tuvo un hijo á quien nombraron *Tariácuri*.

Tan luego como supieron eso los de *Xarácuaro* llamaron al pescador y le increparon duramente por haber dado á su hija á los chichimecas. Se disculpó éste tal y como se lo habían aconsejado aquellos, más éstos no le creyeron y procuraron demostrarle no sería en nada perjudicial para él lo que había hecho, puesto que todos ellos estaban dispuestos á dar á sus hijas por esposas á los jefes chichimecas y á aliarse con su gente é investir á cada uno de los hermanos con el cargo de sacrificador, tanto en *Xarácuaro* como en *Cuácarixangatien*. «Todo eso, añadieron, ve á decirselos, tú que pláticas con ellos.»

Cumpliendo *Curíparan* con el encargo se dirigió desde luego á *Tarimichúndiro*, y oído que fué el mensaje por los dos jefes, contestaron que aceptaban la oferta.

Reunieron luego á toda su gente, que apostaron en la orilla de la laguna, en el lugar llamado *Zirirao*, embarcándose ellos solos en una canoa.

Salieron los de *Xarácuaro* á recibirles, dándoles la bienvenida y sirviéndoles inmediatamente de comer.

Pasada la comida un barbero les arregló el pelo, que lo tenían muy crecido, haciéndoles «*unas entradas en la mollera;*» les pusieron guirnaldas de hilo en la cabeza y les colgaron al cuello unas *tenacillas de oro*.

Pavácume quedó de sacrificador en *Xarácuaro*, y *Veápani* iba á ejercer ese mismo oficio algunos días á *Cuácarixangatien*.

Supieron todo aquello sus hermanos, los que se les separaron y fueron á vivir á *Cuirínguaro*, quienes, con notable envidia, inquirían los progresos de la tribu.

Al punto mandaron unos mensajeros á los isleños, diciéndoles: «Id á nuestros hermanos los isleños, y decidles que ¿por qué han metido en la laguna á los chichimecas? ¿qué necesidad tienen de ellos? ¿por qué los llevaron, ó de qué provecho son? Todo el día no se ocupan más que de andar cazando por los montes ó con sus largos arcos en las manos.»

Agregaban, además, que no solamente para ellos, sino tam-

bién para sus dioses, era una deshonra el mezclarse con aquellos. «Id y decidles que los echen fuera de sus casas, que se vayan y pasen la laguna.»

Oyó *Caricaten*, señor de *Xarácuaro*, tales razones y no les hizo caso; al cabo de algunos días enviaron otra embajada los envidiosos de *Cuiringuaro*, insistiendo en sus primeras consideraciones, y añadiendo: «¿Qué necesidad teneis de ellos... Id y decidles que los echen de sus casas, y les quiten los *maxtles* y los bezotes, las orejeras y los trenzados; después á empellones despídanlos á tierra firme.»

En esta vez sí dieron oído á los pérfidos consejos y quitaron á los jefes tarascos sus insignias de sacrificadores, expulsándoles finalmente de la isla.

Compungidos regresaron á *Tarimichúndiro* los dos hermanos, aunque muy modificados en sus costumbres, pues su permanencia entre los isleños, superiores á ellos en civilización, les hicieron comprender las ventajas de ésta.

Una tradición de sus mayores les daba las señales del sitio en que debieran edificar sus templos, y al recorrer una vez los alrededores de su ciudad encontraron justamente uno que llenaba todas aquellas condiciones. Estos asientos de *cués* ó templos se llamaban *petázecua* y eran unas peñas enhiestas.

Siguiendo una hermosa corriente de agua y á poca distancia del manantial que era su origen hicieron tal descubrimiento.

«Venid acá, se dijeron mutuamente, aquí es donde dicen nuestros dioses que se llama *Zacapuhamúcatin pázcuaro*.» Descubrieron también un espeso montecillo y le nombraron *Cairíscuátaro*.

Sirviéndoles de guía el agua recorrieron todo aquel lugar, que examinado por todos, les hizo decir: «aquí es, sin duda, *Pázcuaro*, vamos á ver los asientos de los *cués*.» Lo efectuaron así todos juntos, subiendo á lo alto de la colina, en cuya cima había unas piedras «alzadas como ídolos por labrar y dijeron: ciertamente aquí es... estos son los dioses chichimecas, y aquí se llama *Pázcuaro* donde está este asiento; mirad que esta piedra es la que se debe llamar *Ziritacherencua*, esta otra *Vacúxecha*, que es su hermano mayor, aquella *Tingarata*, la otra *Mirecuaajeva*; ved que son cuatro los dioses.»

Arreglaron convenientemente el lugar y en él edificaron tres *yácatas*, tres fogones y tres casas de papas ó sacerdotes, quedando desde entonces entre ellos ese lugar en gran veneración.

Perece que la nueva ciudad progresó notablemente y los chichimecas comenzaron á tener vida más arreglada y culta.

Sus vecinos los de *Cuiringuaro* no perdían detalle alguno de estos avances y nuevamente la envidia les vino á enardecer.

Conferenciaron un día entre sí, recordando cómo estuvieron á punto de hacer que los isleños matasen á los dos jefes chichimecas y cuán difícil sería que éstos olvidasen aquello, por lo que ellos deberían anticipárseles para nulificar su venganza.

Resolvieron luego declararles francamente y por vez primera la guerra, enviándoles *Chánshori*, su caudillo, este mensaje:

«Traed ofrenda de leña á los dioses para contra nosotros, y el sacerdote eche los olores en el fuego, el sacrificador haga la oración á los dioses contra nosotros, y nosotros también traeremos leña, y el sacerdote y sacrificador echarán los olores, y al tercero día nos juntaremos todos y jugaremos en las espaldas de la tierra, y veremos cómo nos miran de lo alto los dioses celestes, y el sol, y los dioses de las cuatro partes del mundo.»

Oído tal desafío por los chichimecas, respondieron que les placía.

Armados ambos pueblos se citaron para el lugar llamado *Atácuarho* (*Atécuaro*) y comenzó la pelea: «unos se daban de pedradas, otros con terrones» y sólo los señores peleaban con flecha.

Pavácume y *Veápeani* fueron mal heridos en esta acción, teniendo que regresar á *Tarimichúndiro* en hombros de sus súbditos, restituyéndose, también aporreados, los de *Cuiringuaro* á sus hogares.

Siguiendo antiguas costumbres, tanto *Pavácume* como *Veápeani* fueron colocados en la casa del águila, sobre unos zarzos de cañas donde permanecieron tres días curándose. Al cabo de ellos pudieron levantarse y hacer sus ceremonias de sahumerios.

No encontraban medio á propósito los de *Cuiringuaro* para saber el estado de los jefes enemigos heridos, y después de mucho cavilar un sacerdote dijo: «señores, aquí está la mujer de *Curúzapi* que es de *Sinchángato* (*Tingambato?*), quien asegura ser tía de los heridos; ella podrá ir á verlos y sabremos el estado que guardan.» Llamaron á la vieja y la impusieron de su comisión, que ella aceptó, y le dieron dos mantas para que en caso dado se las presentase como un regalo y así ocultara el verdadero objeto de su visita.

Partió la vieja á su pueblo de *Sinchángato* y de allí se dirigió por entre las milpas hasta *Tarimichúndiro*, llegando á ese lugar como á media noche, toda mojada con el rocío de las plantas, pues se vino ocultando por entre los herbazales. Cuando arribó á el lugar dicho, encontró que los isleños habían ido á conferenciar con

los jefes chichimecas y todos estaban despiertos. La vieja comenzó á verlo todo hasta llegar junto al lecho de *Veápeani* y entonces éste preguntó quién andaba por ahí. Respondió ésta que ella era, su tía, mujer de *Curúzapi*, que por haber sabido la guerra y el fatal resultado para ellos, venía á visitarlos y servirlos, trayéndoles unas mantas y un poco de maíz.»

Llamó *Veápeani* á su hermano *Pavácume* y le refirió lo que aquella mujer decía, y cómo en su concepto no era más que un espía de sus enemigos. Con malas palabras la despidieron y rechazaron el regalo, ordenando saliera cuanto antes de su ciudad.

Los isleños, que observaron todo lo referido, temieron fuese una celada la que se les preparaba, y sin más averiguaciones tumultuosamente abandonaron el campo chichimeca, retirándose á su residencia en la laguna.

Completamente curados de sus heridas los dos hermanos, jefes de los tarascos, volvieron á su antigua vida, por lo que temerosos los de *Cuiringuaro* maquinaron una nueva traición contra ellos, valiéndose de los habitantes de *Xarácuaro*.

En esta isla habían quedado las mujeres de muchos jefes chichimecas y con ellas sus hijos. Valiéndose de este pretexto y sugestionados por los de *Cuiringuaro* enviaron los isleños una embajada á nombre de las mujeres, diciendo que mucho les apenaba la separación de ellos, tanto más cuanto que ésta era sin causa justa, añadiendo los isleños que ellos se las entregarían así que fuesen á recibirlas.

El plan era hacer ir á los hermanos y matarlos en el camino, para lo cual los de *Cuiringuaro* pondrían una celada.

Se presentaron los de *Xarácuaro* en la ciudad de *Pátzcuaro* y expusieron su embajada, presentando además un regalo de buen pescado de la laguna.

Como allá residiesen las mujeres é hijos de ambos jefes, aceptaron, sin reflexionar lo que se les proponía, arreglándose desde luego para ir á recibirlas.

«Compusiéronse, entiznáronse (dice la Relación), y pusieron sus guirnaldas de cuero en la cabeza y sus aljabas á las espaldas, encima unos jubones de guerra, uñas de venado en las piernas; tomaron sus arcos en las manos.»

Los sacerdotes *Chupitani*, *Nuritán* y *Tacacua*, que vieron aquellos afeites, les preguntaron qué significaba eso, y entonces ellos les comunicaron la embajada de los isleños y el propósito de ir á recibir ellos á sus mujeres.

Desaprobaban tal resolución los sacerdotes, haciéndoles com-

prender que aquello no era más que una de tantas felonías de los de *Cuiringuaro*. Insistieron ellos en ir, y entonces les aconsejaron aquellos sacerdotes enviasen por delante un mancebo gran corredor para que explorase el camino y les advirtiese oportunamente el peligro.

Así lo ejecutaron, poniéndose luego en marcha.

Apenas habían llegado á la cuesta de *Zacapu hacarucu* cuando el explorador vió á los de *Cuiringuaro* y retrocedió dando la noticia.

Con tal aviso no siguieron adelante los dos hermanos, alabando la prudencia de sus viejos sacerdotes.

No desmayaron ante aquel fracaso los envidiosos de *Cuiringuaro* y volvieron á aconsejar á los isleños para que, enviando otra embajada, les dijese cómo era que sus mujeres seguían inconsolables, suspirando por ellos, y que pasaban el día en lo alto de un templo llamado *Puruaten* contemplando el campamento chichimeca y llorando; que ellos, compadecidos de aquel estado, se las sacarían de la isla y las dejarían en el sitio llamado *Xamuata hucatzio*, donde podrían, sin temer ni tener desconfianza alguna, ir á recogerlas. Además de esto les pidieron auxilio contra los de la isla *Pacandán*, de quienes sufrían continuamente vejaciones, y á los que no acometían por ser muy valientes, no obstante su corto número, pero que auxiliados de los chichimecas estaban seguros de destruirlos.

Ejecutaron aquellos dóciles instrumentos todo lo antedicho, le grandando convencer á los jefes chichimecas, y volvieron también los sacerdotes suyos á hacerles igual advertencia, sin obtener otra cosa que el permiso de enviar adelante de sus jefes á dos mancebos buenos corredores.

La celada estaba mejor dispuesta y calculada, así es que dejaron pasar á los exploradores hasta quedar los dos hermanos en medio de dos grupos enemigos. Frente á un tercer grupo dieron sobre *Veápeani* y lo mataron; *Pavácume*, que era muy ligero, retrocedió y huyó, mas no pudo escapar por tener dos grupos enemigos á sus espaldas, así es que fácilmente le alcanzaron y dieron muerte en un monte cercano á *Pátzcuaro*, llamado *Zacapu hacurú*.

Juntaron allí mismo ambos cadáveres y se los abandonaron á los isleños.

La noticia de tan infausto suceso pronto llegó á *Pátzcuaro*, causando la consiguiente consternación. Inmediatamente los sacerdotes tomaron un collar de oro de los que llamaban *Cazarétacua* y unos plumajes ricos y se dirigieron hacia el lugar donde se encon-

traban los isleños con los cadáveres de ambos príncipes, y á los cuales aun estaban profanando, dándoles golpes con sus remos.

Llegaron á ellos los sacerdotes y ofreciéndoles el collar y los plumajes, les pidieron los cadáveres de sus soberanos, diciéndoles ya estaba satisfecho su rencor sobradamente con la alevosa muerte que les habían dado.

Los isleños se disculparon del cargo y aun rechazaron el obsequio, afirmando que ellos en nada eran responsables, que antes bien les habían quitado los cuerpos de sus señores, á quienes, después de haberlos matado, se los llevaban los de *Cuiringuaro* á su pueblo. Acabaron por aceptar el don, y los sacerdotes trajeron á *Pátzcuaro* los despojos mortales de sus príncipes, al asiento de los *cués* (*Petazécua*), «y allí los quemaron, tañeron las trompetas y pusieron las cenizas en ollas, y después en las ollas, por de fuera, pusieron dos máscaras de oro y collares de turquesas, y ataviáronlas muy bien, y pusieron plumajes verdes á los bultos, todo lo cual inhumaron en el mismo sitio al son de sus trompetas.»

III.

Se ha dicho ya que *Pavácume* tuvo un hijo llamado *Tariácuri*, y cuando aquél fué asesinado «aun no andaba con fuerza y era chiquito.» *Veápeani* dejó dos hijos cuyos nombres eran *Zétaco* y *Arámen*, y de mucha más edad que su primo. La conducta de éstos era de lo peor, pues siempre andaban emborrachándose y en el más completo libertinaje. Parece que debido á ello nunca llegaron á tener la jefatura de los de su raza, á la que estaban llamados por las leyes y costumbres.

Los sacerdotes *Chupitani*, *Nuritán* y *Tacacua* gobernaban á los tarascos sin perder de vista á *Tariácuri*, á quien incesantemente aconsejaban y enseñaban, recordándole la manera infame como su padre había perecido, para excitarlo á la venganza. Entre tanto los excesos de los hijos de *Veápeani* habían llegado al colmo, por lo que los sacerdotes dichos les suplicaron se retirasen á *Vacañabaro* y les dejasen á *Tariácuri*, para entenderse ellos del todo con su educación. Condescendieron aquellos con tal de poder tener cuanto necesitasen para satisfacer sus vicios, y el niño pasó á poder de los sacerdotes. Se dedicaron éstos con todo empeño á